

Los nuevos caminos para la paz en Centroamérica

EL 11 DE NOVIEMBRE UN VENDAVAL CON NIEVE SORPRENDIÓ a Washington. Frente al edificio de la Organización de Estados Americanos grupos de manifestantes lanzaban vivas a Nicaragua. Otros vociferaban “¡Viva Sandino, abajo Ortega!”. Una caravana de automóviles con fuertes escoltas se estacionó frente a la sede de la OEA. De ella bajó el jefe máximo del sandinismo, el comandante Daniel Ortega. Minutos después Ortega pronunció un discurso con el que echó por tierra las ilusiones sembradas por los titulares de los periódicos días atrás. Ortega dijo que “para avanzar más rápidamente en el proceso del cese de fuego, desarme total y eventual amnistía para todos los que quieran regresar o permanecer en el país, el 5 de noviembre anunciamos nuestra decisión de buscar un cese al fuego concertado con la cúpula de la Contra a través del cardenal Obando. No es necesario señalar que esto en ningún momento implicaría entrar en un diálogo político con la Contra, posibilidad excluida en los compromisos de Esquipulas... El diálogo nacional al que estamos comprometidos es entre el gobierno y los partidos y agrupaciones de oposición desarmadas”.

Aquel mismo día, la Resistencia Nicaragüense denunció que los sandinistas incumplían los acuerdos firmados en Guatemala el 7 de agosto por los presidentes de El Salvador, Costa Rica, Guatemala, Honduras y Nicaragua. Señalaron que la liberación de algunos prisioneros, el cese unilateral del fuego, la reapertura del periódico *La Prensa* y la Radio Católica, “no son argumentos para concluir que Nicaragua va hacia un proceso de democratización”. Argumentaron que en Nicaragua hay todavía más de 8.000 presos políticos, que aviones sandinistas bombardean zonas controladas por sus fuerzas y que los comandantes se niegan a dialogar con la Resistencia.

Una semana antes, el artífice del plan de acuerdos firmado en Esquipulas, el presidente de Costa Rica, Premio Nobel de la Paz de 1987, Oscar Arias, había afirmado que para que el cardenal Miguel Obando y Bravo pudiera cumplir con eficacia su papel de mediador entre el gobierno de Nicaragua y los Contra, debía permitirse a los dirigentes de la Resistencia volver a Managua. El 6 de noviembre, Ortega había insinuado la factibilidad de un contacto “indirecto” con los Contras para un alto al fuego.

Mientras tanto, en El Salvador, la guerrilla declaraba que no acataría el cese al fuego decretado por el gobierno de José Napoleón Duarte, y reiteró que estaba dispuesta a reanudar las conversaciones interrumpidas por

el asesinato del promotor de los derechos humanos Hebert Anaya el 26 de octubre. Los manguados focos de alzados en armas de Guatemala, establecieron contacto en Madrid con delegados del Presidente Vinicio Cerezo Arévalo.

En Washington, la Casa Blanca miró el proceso de negociaciones centroamericano con mucho menos entusiasmo con el que lo contemplaron las mayorías del congreso de los Estados Unidos. El presidente Reagan ratificó su aspiración a que si los acuerdos de Esquipulas no se concretaban, solicitaría al parlamento la aprobación de una ayuda de 270 millones de dólares para los Contras. El 22 de octubre, el presidente hondureño José Azcona Hoyo apoyó, durante su visita a Washington, la idea de Reagan de mantener en pie a los rebeldes nicaragüenses como “una fuerza efectiva hasta que Nicaragua se encuentre en un camino inexorable hacia la democracia”. Azcona habría complementado: “Es muy importante no dar ningún paso que debilite la opción de los Contras”. En ocasiones anteriores, Arias y Duarte, y el mismo Azcona, habían apoyado la necesidad de que los sandinistas establecieran un contacto directo con los Contras. El premio Nobel de la Paz indicó además que “lo que Honduras haga con respecto a los Contras en su territorio dependerá, en gran parte, de un cese del fuego negociado con Nicaragua”.

A finales de septiembre, el senado de los Estados Unidos aprobó un paquete de ayuda no militar de 3,5 millones de dólares para los Contras. El destino de esta suma era proseguir con el abastecimiento de alimentos, botas y remedios hasta principios de noviembre. La votación, tanto en el senado como en la cámara, fue mayoritaria. Los demócratas arguyeron que habían votado a favor con el propósito de impedir cualquier intento de Reagan por presionar la aprobación de los 270 millones de dólares. También se insinuó que en la aprobación de esta ayuda había incluido la falta de oposición de Oscar Arias, que visitaba a Washington por ese tiempo.

Ante la perspectiva de un corte de la ayuda económica del gobierno norteamericano, los Contra daban la impresión de haber arreciado e intensificado su ofensiva. Numerosos helicópteros soviéticos MI-24 fueron derribados y las acciones de la Resistencia se aproximaron cada vez más a Managua.

A mediados de noviembre las escaramuzas proseguían en Nicaragua y El Salvador, a pesar de que había expirado otro plazo más de los fijados en los acuerdos de Guatemala. Por una parte, el sandinismo mantenía su actitud de no darle ningún tipo de reconocimiento a la Resistencia. Por la otra Estados Unidos y los demás mandatarios centroamericanos continuaban presionando para que ello sucediera.

Hasta aquí los últimos acontecimientos al cierre de esta edición. Cuidadosa observación habrán de recibir las actuaciones de los principales protagonistas durante las semanas que siguen, confiando en que los esfuerzos realizados estos últimos meses en favor de la paz regional puedan concretarse para dar paso a un año en el cual prosperen el entendimiento y la distensión.